

1.º de Mayo de 1905. Año II. N.º 33

¡Víctima del deber!



El inspirado pincel de Meléndez ha puesto en esta primera página una sentida nota que tiene un fondo de realidad cruel.

El acompasado pisar de los caballos anuncia el regreso de la pareja. La mujer asómase á la ventana y siente que se le oprime violentamente el corazón; el caballo de su marido vuelve sin jinete. La esposa atribulada lánzase á la calle seguida de sus hijos y del comandante del puesto, que pisa el umbral de la puerta en el momento que la infeliz viuda comprende, por la actitud y las palabras balbucientes del guardia, la desgracia irremediable que pesa sobre su hogar.

Es la tragedia de todos los días: la muerte que acecha artera al guardia civil en el recodo del camino ó entre la espesura del bosque; el sacrificio de la vida en aras del deber; las bajas de un combate que no se describe con telegramas ni se anuncia con planes de campaña, pero que no por eso es menos cruento ni menos meritorio.

El guardia civil que sale de la casa cuartel diciendo «hasta luego», no sospecha que la despedida es para la eternidad, y que el beso que ha dado á la inocente criatura que aún juega con las riendas del caballo, sin darse cuenta de su desgracia, á la mayorcita que ya llora su orfandad, va á ser el último beso.

La bala del bandido cortó en un instante una existencia honrada, tan preciosa para los suyos, tan útil para la patria. El cuadro de Meléndez es la expresión de uno de esos dramas que tiene por actores modestos personajes de la Benemérita, y por escenario un humilde puesto de la Guardia civil.

Los sortílogos y lo maravilloso á través de los tiempos.

El proceso de hechicería de Marly, que tanto escándalo ha producido, ha llamado en Francia la atención del público sobre ciertos profesionales de lo maravilloso.

Una mujer, Mme. Martin, es acusada de haberse apropiado, valiéndose del espiritismo, la fortuna de una rica viuda, madame Chappins, y algunos pretenden que le ha costado la vida. Sería prueba de ignorancia confundir los eternos explotadores de la credulidad humana con los que adivinando fuerzas que nosotros ignoramos aún, emprenden problemas confusos, en presencia de los cuales el cerebro se perturba y los nervios se exacerban.

Entre los sortílogos y mágicos de la antigüedad y de la Edad Media hubo sabios indiscutibles que han sido los precursores de este espiritismo científico, del cual se encuentran indicios en las religiones de la india, y que no tienen nada que ver con los medios embaucadores ó sus cambios de prestidigitación.

Lo sobrenatural y lo maravilloso han tenido siempre poderoso atractivo para el hombre.

Amontonar impunemente desgracias sobre el enemigo que se teme, poseer secretos que los otros ignoran, encontrar el medio de enriquecerse y, sobre todo, conocer el porvenir, tales son los móviles que en todos los tiempos han impulsado á los envidiosos, egoístas y ambiciosos.

En Egipto, y sobre las paredes de las tumbas, resguardadas por las pirámides, se encuentran los trazos más antiguos de estas misteriosas prácticas.

El primero de los sortílogos parece haber sido Thoth, cuyos escritos encerraban el «secreto de dirigir el universo entero».

La antigüedad romana está llena también de relatos semejantes: los adivinos y los agoreros evocan las potencias infernales ó las sombras de los muertos.

Si nos acercamos á los tiempos modernos, vemos que la Edad Media es por excelencia la época de los sortílogos.

Todas las formas de lo maravilloso están en voga. Se vió, por decirlo así, el humo de los alambiques donde los alquimistas buscan la piedra filosofal y el elixir de larga vida.

Los hechizos consistían en modelar una muñeca de cera á semejanza del enemigo que se desearía perjudicar.

Para herir á este enemigo, bastaba taladrar con una punta acerada, siguiendo ritos especiales y en el sitio que se quería hacer vulnerable, esta muñeca revestida del mismo traje que la víctima.

También data de la Edad Media la creencia popular del «sábado», la gran reunión nocturna, en la cual las hechiceras ó brujas, á caballo sobre la escoba, tenían sus asambleas bajo la presidencia de los demonios y del diablo en persona, quien para este caso tomaba la forma de un macho cabrío espantosamente cornudo.

Hoy día existen los sortílogos también. No hay lugar que no abrigue alguno.

No contentos á veces con echar suertes ó combatirlas, con cuidar de los ganados y con profetizar el porvenir, hacen una verdadera competencia á los médicos del país, y piden también honorarios respetables.

Es cierto que á veces operan curas extraordinarias.

¿Quién es el que entre nosotros no tiene que citar algún hecho extraordinario, del cual ha sido testigo, ó que se lo han contado? Quemaduras, fiebres curadas instantáneamente, reumatismos inveterados desaparecidos como por encanto sólo con ceremonios ó sencillamente con palabras misteriosas. El sexo de estos sortílogos difiere según las comarcas. Unas veces son guardadores de rebaños; otras vagabundos, algunas veces son viejas aldeanas que se crean una especialidad en curar tal ó cual enfermedad.

Pero los sortílogos modernos tienen quizá en las grandes ciudades una clientela aún más numerosa.

Los anuncios de los periódicos están llenos de señas de sonámbulos y de *médiums*. Las especialidades de estos sortílogos de ciudad son tan curiosas como variadas. La mayoría de ellos leen sencillamente en la mano ó echan las cartas.

Pero no son solos éstos los medios de revelar el porvenir. Hay otros menos conocidos. Tales son los fósforos sobrenadando de cierta manera en el agua; las agujas echadas en el fondo de un plato; el plomo hirviendo precipitado en una cubeta y coagulado, ó también, como en todos los talleres de costura, los alfileres arrojados á puñados en una mesa y formando dibujos, á los cuales se da un sentido.

Se han escrito volúmenes sobre los sortílogos: Maury, Figuier, Michelet mismo, han sido atraídos por esta cuestión de lo maravilloso.

Pero mucho antes que ellos, un gran filósofo de buen sentido, se había ocupado de ello, buscando poner en guardia contra ellos mismos á los visionarios inconscientes.

Malebranche es quien en su obra de *Buscando la verdad*, enseña cómo puede nacer en los campos la leyenda de los lobos hechiceros.

En la velada se habla de esos hombres que, llegada la noche, se transforman en bestias y corren los campos buscando mujeres y niños extraviados.

Un pastor que escucha, y cuya imaginación está turbada por los vapores del vino que ha bebido, se duerme pensando en todo lo que acaba de oir contar.

Por una autosugestión (la palabra no estaba inventada aún), se despierta de su sueño, y persuadido de que es lobo, se lanza á la calle como un loco, mordiendo á los transeuntes. Y la población, desde entonces, está convencida de la existencia de los lobos hechiceros.

Sortílogos célebres.

Según Thoth, egipcio, el más antiguo sortílogo fué, seguramente, Circe, la semi diosa, cuyos encantos atraían á los viajeros y que abusaba de su belleza y de sus sortilegios para cambiarlos en animales.

Se sabe la historia de los compañeros de Ulyses, transformados en cerdos, y el amor de la bella maga hacia el héroe, que obtuvo que sus compañeros volvieran á su forma primitiva.

Tasso se ha inspirado en esta leyenda en su *Jerusalem libertada*, largo relato, en el curso del cual los encantadores y los sortílogos se entregan á un combate perpetuo.

Sería preciso también citar Gilles de Retz, mariscal de Francia, que se distinguió bajo el reinado de Carlos VII en la toma de Orleans, pero que vuelto á sus tierras, se hizo él también un sortílogo terrible.

Cagliostro, en Francia, y Faust, en Alemania, fueron sortílogos en su género.

Mesner, el inventor del magnetismo, fué considerado como tal cuando abría á la ciencia un camino nuevo, explotado después, siguiendo rigurosas censuras.

Más cerca de nuestros tiempos, Mlle. Senormant, la famosa adivinadora, anunció á Robespierre, á Marat y á Saint-Just que perecerían en un cadalso Con sus predicciones ella dirigía la existencia entera de Josefina de Beauharnais.

El célebre zuavo Jacob, perseguido sin cesar por ejercicio ilegal de la medicina, puede ser colocado también en la categoría de los sortílogos; curaba á sus compañeros en el campo de Châlons, y hasta fué llamado en consulta por el mariscal Conrobert.

Los fakirs de la India.

Se ven y se producen en el curso de los siglos por el intermediario de los medios, de los sortílogos, de los hechiceros (como se les quiera llamar), manifestaciones extraordinarias y fenómenos de presencia inquieta. Hay una categoría de sortílogos de la cual nos es preciso hablar, y que parecen saber mucho más que todos nuestros buscadores en estas cuestiones extrañas.

Estos son los hechiceros de la India.

Jacolliot ha visto al célebre hechicero Clubh-Chondor dormir, por el solo poder de su mirada, serpientes de las más peligrosas del Indostán. Los efluvios magnéticos que se desprendían del cuerpo del indiano eran tales, que varios asistentes (aun sin haber sido mirados por él) caían en catalepsia. Las serpientes magnetizadas yacían á lo largo sobre el enlosado, como ramas de bosque muerto.

Cuál no sería nuestra extrañeza al ver que podíamos tomarlas por una extremidad como hubiéramos hecho con un palo. Después de haber despertado esos terribles reptiles, el magne-

tizador se acercó á uno de los espectadores y le hizo algunos pases magnéticos sobre las piernas; instantáneamente le fué imposible al sujeto dejar su asiento y andar. El indiano le libertó tan fácilmente como le había paralizado.

Impotencia del cerebro humano.

Evidentemente, estos relatos no convencerán á los escépticos, que quisieran ver para estar persuadidos, y que después de haberlo visto, sospecharían aún de la artimaña ó de la intriga.

¡Cuántos, sin embargo, de entre esos incrédulos han sido presa de un miedo insuperable al reconocer una «línea fatal» en su mano, ó bien al oir estremecer una mesa giratoria!

Es más prudente no negar por llevar la contraria.

¿Quién sabe si en medio siglo esas fuerzas, apenas conocidas, habrán tal vez sido sujetas por algún Edison?

¿Qué hubieran dicho nuestros antepasados del siglo de Luis XIV si se les hubiera afirmado que se iría en doce horas de Madrid á Barcelona y que el vapor, la electricidad, los sueros y todas las invenciones modernas trastornarían al mundo?

Onofrof.

El contrabando en el Tonkin

Habíanse sentado en un ribazo, junto á las altas hierbas, cuatro soldados y un sargento pertenecientes á la Legión extranjera del ejército francés. La luna brillaba en el cielo de un azul sombrío, tachonado por miriadas de estrellas.

—Me parece que esta noche no viene Lao-Ti—dijo uno de los soldados.

—Las órdenes son terminantes —repuso el sargento.—Debemos permanecer aquí hasta la llegada del bribón y echarle el guante. Ya hace bastante tiempo que se está burlando de nosotros el endiablado contrabandista. El gobernador quiere que nos apoderemos de él á toda costa.

—¡Valiente farsa!—murmuró uno de los soldados al oído de su camarada, que le preguntó con sobresalto:

—¿De manera que tú crees que hay combinación?

—¡Desde luego!.. Once meses hace que el chino Lao-Ti entra en Tonkin como Pedro por su casa. Y sin embargo se sabe que el contrabandista provee á la mitad del comercio.

—¿Y no se ha encontrado medio de pescarle?

—¡Cuidado que eres inocente!

—Pues ya hace tiempo que hice la primera comunión.

—La cosa es clara como la luz. La consigna secreta es volverse sordo y ciego hasta que pase Lao-Ti, que es hombre generoso.

El soldado escuchaba á su compañero lleno de estupefacción. Luego preguntó:

—Y ése — señalando al sargento, que había avanzado unos cuantos metros—, ¿estará también en la combinación?

—Supongo, aunque es la primera vez que hace este servicio.

—¡Tendría que ver que el hombre no supiera nada!

El sargento, que observaba desde lo alto de la rampa, hizo una señal á los soldados para que guardasen silencio.

—¿Qué pasará?

—Probablemente que Lao-Ti se aproxima...

El sargento descendió rápidamente hacia sus hombres y les dijo bruscamente:—Mucho cuidado, ojo alerta y armar la bayoneta por lo que pudiera ocurrir.

Los soldados se miraron estupefactos como si no comprendiesen una palabra de lo que se les decía.

En aquel momento apareció en el borde de la meseta la silueta de Lao Ti con su túnica de seda, su amplio bombacho y en la mano un largo bambú terminado en una lámina de acero. Por entre la cuerda que le ceñía el ropaje pasaba un largo cuchillo. Nuestro hombre permaneció un momento inmóvil, con una de sus manos á guisa de visera escrutando el paisaje que se extendía á sus pies. Sin duda le pareció que todo estaba tranquilo, pues se hizo algunos pasos atrás, volviendo á aparecer seguido de un animal muy grande, de fuerte cornamenta, llevando á sus flancos dos bultos enormes. La extremidad de la cuerda estaba sujeta á un anillo pasado por la nariz del animal.

Los soldados habíanse echado en el suelo. Unicamente el sargento, rodilla en tierra, el dedo en el disparador, esperaba. De pronto, al ver aproximarse al hombre, el sargento le cerró el paso, gritando:—¡Alto!, ¿quién vive?



El otro, inmóvil, estupefacto, parecía no haber comprendido; luego siguió avanzando, y cuando los dos hombres estuvieron frente á frente, preguntó el chino:

—¿No te han prevenido?

—¿Prevenido qué?—preguntó el sargento.

El chino se quedó perplejo viendo que el sargento iba de buena fe.

—¿De modo — insistió — que el otro sargento no te ha dicho?..

—¡Ah!, sí, ahora sí que comprendo... Pero vas á saber quién soy yo... ¡Arriba, muchachos, amarradme á éste..

No pudo continuar. Por un movimiento rapidísimo el chino habíale dado un terrible tajo que le cortó la carótida. El infeliz cayó como una masa. Los soldados se lanzaron bayoneta en ristre y en un abrir y cerrar de ojos el asesino yacía al lado de la víctima.

Pasada la primera impresión, los soldados deshicieron los fardos del contrabandista, buscando con afán las bolas del precioso opio.

—¡Ira de Dios!, ¡cartuchos!—exclamó uno de ellos.

—¡Bonito contrabando de opio!

Y aquellos malos soldados empezaban á sentir el remordimiento ante el cadáver del honrado sargento y ante aquellos cartuchos que aprovisionaban á los piratas, que los disparaban luego contra aquellos mismos que los habían dejado pasar de contrabando.

Espléndido sueldo de un policía.—El jefe de Policía que gana menos es un *papú* en Australia, cuyos emolumentos se reducen á dos uniformes y 20 pesetas en metálico cada año. Este *papú* será un *vivo* y se aprovechará de la *carta blanca* que le extenderán para procurarse más ingresos por medios que, aunque inmorales y abusivos, resultan admisibles para atender aunque nada más sea que á su subsistencia.

Fechorías de los chinos

Un ladrón impúdico.—Cruel sentencia

Las consecuencias de la guerra actual del Japón con Rusia, se están haciendo sentir en China, pues la escasez y carestía de los artículos de primera necesidad, son



causa de que en el Celeste Imperio se vaya extendiendo el hambre, que empezó en la Mandchuria, de una manera alarmante, y aunque el chino es sobrio por naturaleza y puede resistir ese azote mejor que el europeo, no obstante, el ladrón chino, que siempre fué el más digno sucesor de *Caco* por su sangre fría, audacia é ingenio, ha aguzadado éste aún más en las presentes circunstancias y no ha mucho cometióse un robo de la manera más original que puede imaginarse.

Acosados unos chinos por el hambre, decidiéronse á llevar á cabo un *negocio* que consistió en asaltar una casa, penetrando uno de ellos completamente desnudo, rompiendo los cristales de una ventana; descerrajó secreteros de muebles, sacando con mucha tranquilidad cuanto de valor había é iba entregándolo á sus compinches, que permanecían en la parte exterior al pie de la ventana. No transcurrió mucho tiempo sin que el dueño y criados de la casa se apercibiesen, y echándose sobre el ladrón, entablóse desesperada lucha, de la que salió éste vencedor, escurriéndose con gran facilidad, siendo la desesperación de los que pretendían sujetarlo; el fin de fiesta fué que el ladrón chino robó cuanto pudo y se deslizó tranquilamente por la misma ventana, dejando á los robados sin sus intereses, rendidos de la lucha y con las manos pegajosas y mal olientes. El chino, completamente desnudo, habíase untado de pies á cabeza con aceite, y al pretender cogerle ó sujetarle, escurríanse las manos y nunca podían hacer presa en él.

***

En un país en donde no hay abogados, causa extrañeza al saber el sinnúmero de leyes que existen, sirviendo todas ellas de parapetos á los jueces, que, muy cándidamente, en la apariencia, se dejan sobornar por los acusados. Y unido á estas leyes, tienen un Código penal tan rico, abundante y variado en tormentos, que por esto mismo un escritor ha llamado á China el *jardín de los suplicios*, y que supone en los chinos un verdadero derroche de imaginación, bien mal empleado por cierto, por sus tan crueles é inhumanas inventivas.

Algo también tenemos escrito sobre los tribunales chinos, mas no podemos resistirnos á dar á conocer á nuestros apreciables lectores un juicio originalísimo, que, según cuentan, se ha celebrado en despoblado en aquel Imperio, que por la crueldad de la sentencia, acusa un verdadero estado de salvajismo feroz.

Cruzáronse en un camino dos chinos, uno vendedor de pan que con su mercancía se dirigía á un pueblo, y el otro un viajero; pidió éste al primero un pan, el que se comió muy tranquilamente negándose después á pagarlo; entablóse con tal motivo entre ambos una acalorada cuestión, y cuando ya iban á pasar á mayores, les alcanzó el mandarín de aquel distrito, que viajaba en un palanquín, acompañado de su correspondiente escolta, el que, al observar la actitud de aquellos dos súbditos, quiso indagar la causa de la disputa. Cada uno de aquellos dos expuso sus quejas; el panadero alegaba que el otro habíase comido un pan, negándose á pagarlo, y éste protestaba asegurando que no lo había comido. Insistió el panadero haciendo la proposición de



que si se le abría el vientre á su estafador, seguramente se comprobaría su denuncia. Oído esto, el mandarín hizo una exclamación de grata sorpresa, pues le solucionaba el conflicto y su autoridad no quedaba sin hacer justicia. Sentenció el mandarín é inmediatamente ordenó á sus soldados que ejecutasen la sentencia, no sin prevenir antes al panadero que si en el estómago de su contrincante no aparecían las pruebas de que se le acusaba, sufriría él en el acto la misma pena.

El infeliz viajero fué desventrado por aquellos solda

dos y en su estómago apareció patente la razón del denunciador.

El mandarín, después de convencido, arrojó al panadero unas monedas precio del pan, y revistiéndose de una prosopeya y dignidad ridículas, subió grave y reposado en su palanquín y mandó continuar su marcha, muy satisfecha su conciencia del deber cumplido, interin quedaba atrás, impune, el asesinato más cruento que registran las páginas más sangrientas del crimen, y el destrozado cadáver de la víctima, abandonado en medio del camino para que sirviera de macabro festín á perros y lobos hambrientos.—*X.*

Criminales supersticiosos.

Macabros amuletos del crimen.—El gran oráculo.

Todo criminal es, por lo general, en demasía supersticioso, teniendo acerca de esta idea una prueba indudable en el siguiente caso ocurrido ha poco tiempo en los Estados Unidos.

En esta República sabido es que en las ejecuciones de penas de muerte se emplea el sistema *electrocutor*, excepto en algunos Estados, que continúan, como en Inglaterra, usando del antiguo sistema de la horca. Hacía algún tiempo que en los cementerios venía observándose señales como de profanación en las sepulturas donde yacían los cadáveres de los ajusticiados.

Puesta en campaña aquella sagaz Policía, comenzó sus trabajos de indagación, y no tardó en averiguarlo todo. A los cadáveres ajusticiados por la electricidad les quitaban las manos, los cabellos y las pestañas, y á los en la horca las vértebras cervicales.

Cierta clase de individuos, en completa complicidad con los sepultureros, á los que gratificaban con esplendidez, sustraían las vértebras de los ahorcados, las falanges, cabellos y pestañas de los electrocutados, despojándolos á la vez de sus trajes. Estos trajes, con lo demás, los llevaban á los suburbios de las grandes ciudades y los vendían á muy altos precios, disputándoselos la gente maleante, y los adquiría aquel criminal que más oro diera por ellos, porque tales lúgubres *reliquias* son para esa gente preciados amuletos, que el que posee tan sólo uno cree firmemente se encuentra libre de todo peligro y puede cometer impunemente toda clase de crímenes, desde el robo hasta el vil asesinato, con todas las circunstancias agravantes, por repugnantes que fueran. Esta creencia les hace fatalmente ser más atrevidos y consecuentes en la comisión de crímenes.

Si tan macabro comercio ha sido productivo para aquellos que, sin pudor ni conciencia, profanaron lo más sagrado que hay, baste decir que hoy son casi todos grandes propietarios. Profanador de sepulturas de ésos ha habido que en bien poco tiempo ha reunido un buen capital.

Y aquella Policía, al descubrir hechos tan criminales, ¿no ha llegado su sagacidad á averiguar y proceder contra esos *propietarios* improvisados y ponerles á buen recaudo?

***

En los grandes centros de población de Europa y América, en los que los ladrones tienen ancho campo en donde ejercer su acción, parece ser están perfectamente organizados por grupos, reuniéndose éstos con frecuencia en la *Central* de que dependen, apareciendo al frente de cada uno de ellos dos de los más aventajados, que aquí pudiéramos denominar capitán y segundo de una *cuadrilla*.

Estudian hasta el más ínfimo detalle las circunstancias é incidentes que les pudieran sobrevenir en el acto del robo que piensan efectuar, y una vez ultimado, con sus planos correspondientes, sortéanse los grupos para que la suerte decida cuál de ellos ha de ser el encargado de efectuarlo; una vez que la suerte haya designado el que ha de ser, el jefe de él pasa á una habitación en la que está colocada una especie de pizarra, como la que representa nuestro grabado, subdividida en múltiples é iguales partes, teniendo cada una de las subdivisiones dibujos representando guarismos y signos cabalísticos; el dicho jefe del grupo tiene que señalar con un punzón tres de aquellas subdivisiones, las que copia en un papel y entrega al presidente, ó sea al *gran ladrón*, y éste, de un secreter, saca un libro al que llaman el *gran oráculo*, y haciendo una serie de combinaciones que sólo él sabe, resuelve é indica el día más favorable para dar el *golpe de mano*.

Los criminales, por lo general, muéstranse siempre muy supersticiosos y los ladrones jamás ejercen su *profesión* sin que antes hayan obtenido buenos presagios. Observan el vuelo de las aves, si son más las que van en tal ó cual dirección, si abundan más que de ordinario las nocturnas, sobre todo las lechuzas, el mochuelo, etc., y si sus cantos son más ó menos frecuentes; también influye mucho entre ellos la aparición de algún *moscardón* ó el encuentro con algún jorobado ó persona á quien le falte un ojo.

Creen también estos criminales, pero muy arraigadamente, en la suerte, basada siempre en la más fanática superstición, que les domina y subyuga, y tenemos la prueba en un antiguo y temido ladrón, cuya especialidad era el robo sacrílego; este sujeto, ya dentro del templo, jamás comenzaba el saqueo sin que antes, y con inusitado cinismo, se arrodillase ante una imagen, rezaba con mucho fervor y terminaba suplicándola con toda su fe que intercediese con objeto de que tuviese mucha suerte, que no fuera *sorprendido* por la autoridad y que se le proporcionara un buen botín. Después de las oraciones y súplicas, empezaba el robo por aquella misma imagen, despojándola de todo cuanto de valor tenía encima.—X.

Crimen misterioso.

Las constantes investigaciones y las más solícitas pesquisas puestas en juego por los individuos de la Guardia civil de los puestos de Orihuela y Callosa del Segura (Alicante), al mando de los comandantes de puesto Pedro Ortuño García y Jaime Juan Ayala, respectivamente, para el esclarecimiento de un crimen perpetrado á dos kilómetros del pueblecillo de Redován, término municipal de la primera ciudad y demarcación de la segunda, han dado los resultados más felices. He aquí el hecho:

El día 18 de febrero próximo pasado presentóse en la barraca vivienda del labrador Manuel Ferrer Galán (a) *Chulibes*, con el fin de cobrar una pequeña deuda de guano, Cayetano Mazón Casanova, de oficio también labrador. Al manifestar éste al *Chulibes* la causa de su visita, parece que no opuso repugnancia alguna en satisfacer lo que debía, sino que, por el contrario, se manifestó muy afable y le hizo sentar en una silla que le presentó y que el Cayetano con gusto también aceptó.

El *Chulibes* dirigióse inmediatamente á un departamento contiguo, donde al parecer tenía los fondos. No tardó mucho en salir de nuevo con la cuenta, y aprovechando la posición

en que había dejado á Cayetano (sentado), le puso los dineros en el suelo, como es costumbre entre los huertanos, para ultimar la deuda entre los dos, y en esta postura (en la que el que está sentado mira al suelo con el cuerpo inclinado hacia adelante) la más á propósito para recibir un golpe, le fué, en efecto, asestado uno tan tremendo en la cabeza, según se cree con la reja (intrumento de labranza), por un individuo colocado á corta distancia, que, según noticias fidedignas, es el vecino de Orihuela José Fuentes Sánchez, presunto cómplice, que le dejó la cabeza partida, muriendo instantáneamente. Cometido el crimen, *Chulibes* y su compañero, á imitación del *Francés* y su amigo Muñoz en Peñaflor, no le despojaron ó aligeraron de lo que llevaba, porque nada tenía; pero sí, como aquéllos, le condujeron á la fosa, abierta sin duda de antemano en el interior de la barraca, y allí le depositaron cuidadosamente, dejándolo todo al poco tiempo con gran orden como si nada hubiesen hecho, y sin dejar rastro alguno del crimen, que pudiera delatarlos.

La esposa del desgraciado Mazón pasó la noche correspondiente al día del crimen con gran intranquilidad, de la que hizo partícipe á su familia; ésta la comunicó á los vecinos, los vecinos al pueblo, hasta que con la velocidad del rayo se extendió la noticia de que en Redován había desaparecido un hombre.

Comunicada esta misteriosa desaparición (y digo misteriosa porque alguien afirmó que había visto al interfecto entrar en la barraca de Manuel, pero no le había visto salir) á la Guardia civil, se trasladó ésta, sin pérdida de tiempo, al lugar del suceso, comenzando las oportunas diligencias para la aclaración de la versión popular. Estas diligencias, comenzadas en Manuel y continuadas en todos los vecinos, no daban motivo alguno para sospechar un crimen, debido, en primer lugar, á la tranquilidad, propia únicamente de los hombres avezados al delito, que el Manuel manifestó; en segundo término, á la unanimidad en las declaraciones de los vecinos; pero no obstante, y á pesar de esto, sorprendido algún movimiento, que aunque débil, era suficiente para infundir sospecha, fué conducido el *Chulibes* á la cárcel bajo la custodia del cabo Pedro Ortuño y guardia á sus órdenes Antonio Conesa, para que el digno juez de primera instancia le interrogase, si conveniente lo creía. Y, en efecto, hechas por el juez algunas preguntas sobre el asunto, no encontrando motivo para detenerle, fué puesto en libertad.

Viéndose en la calle, se dirigió á su casa, disponiéndose, sin pérdida de tiempo, á emprender un largo viaje, y dijo á su esposa: «Me marcho porque me han deshonrado tomándome por ladrón y asesino. Me voy donde no me conozcan.» Y, en efecto, sale de su casa, desaparece, y con su desaparición, también, como pudiéramos decir, la cuestión obligada del hombre desaparecido de Redován...

¿Cómo ha revivido, pero con mucho más calor que antes? Con el hallazgo del cadáver del infortunado Cayetano. ¿Cómo se ha descubierto? No puede decirse que sea un secreto para la justicia, como ha afirmado la prensa local. En efecto, hallándose el día 4 del presente mes de abril prestando el servicio de correrías una pareja del puesto de Callosa, el guardia primero Antonio García Gil notó al paso por la puerta de la barraca del presunto autor que junto á la pared había muchas moscas amontonadas, despidiendo al mismo tiempo un hedor insoportable, sospechando, con no poco fundamento, que allí pudiera encontrarse el cadáver del infortunado Mazón; y, en efecto, hecha la excavación consiguiente, con ayuda de los vecinos, se encontró, efectivamente, el cadáver de un hombre, que, identificado, resultó ser el del desaparecido de Redován, Cayetano Mazón, dando parte inmediatamente á la autoridad para proceder al levantamiento é inhumación, y comunicando las órdenes oportunas para la busca y captura del Manuel Ferrer Galán, que, según noticias fidedignas, marchó á Barcelona. Tal es el crimen que tiene indignado, no sólo al humilde y tranquilo pueblecito de Redován, sino también á toda la comarca circunvecina.

En el momento en que escribo estas líneas no tengo noticias de la captura del autor, por suponerse que ha embarcado para Buenos Aires. — *Fernando Ordóñez Garcé.*

Defensor distraído. —Uno de los abogados más célebres por las inverosímiles absoluciones conseguidas, defendía á un incendiario, ofreciendo ante los ojos del jurado un cuadro conmovedor de la miseria que había impulsado al delito á su infeliz defendido.

—¡El pobre no tenía pan, no tenía abrigo!—exclamaba el defensor...—¡Ah, señores!, poneos en su lugar... Pensad que el desgraciado no sabía cómo calentarse. .

—Dispense el letrado—dice el presidente interrumpiéndole—; esa no es razón para quemar todo un pueblo.

El defensor, todo confuso, advierte que ha confundido dos procesos completamente distintos.

—Ruego á los señores jurados que me dispensen—dice el defensor—; he confundido dos causas. Tened la bondad de retener lo que acabo de deciros en favor de un ladrón de leña, que tendré el honor de defender mañana ante vosotros...

Anarquistas célebres



ALFONSO GARCÍA Y GARCÍA

Fué preso por repartir proclamas revolucionarias á los soldados de la guardia de la cárcel á últimos de abril de 1902, siendo puesto en libertad por el indulto de la coronación.

"Criminales en Andalucía,,

Con este título publicamos el 15 de Marzo las fechorías de una cuadrilla de hombres armados que robaron á un vecino de Paradas y asesinaron á su compañero *El Chacho*.

Por fuerza del Cuerpo de la Guardia civil de los puestos de Carmona y Marchena fueron presos cinco de los criminales cuyas fotografías publicamos, faltando aún detener al considerado como principal autor, José María Galindo Algorín (a) *Picaito*, natural de Paradas, que se dió á la fuga al tener noticia del descubrimiento de los hechos.

El expresado criminal ha estado errrante desde aquella fecha, habiendo sido capturado por el sargento Celestino Rivera Arana, comandante del puesto de Triana (Sevilla), y guardias primero y segundo Juan Tenorio Maya y Francisco Cansino Mateo, poniéndolo á disposición de los tribunales competentes.

Este servicio es merecedor de recompensa.

Robo descubierto.

El día 25 de agosto de 1903 fué víctima de un robo, en Pozo Alcón (Jaén), D. Pedro Bustos Quiñones, á quien sustrajeron unas 17.000 pesetas, sin que en aquella época se pudiera descubrir á los autores. Hasta la fecha no se ha dejado de practicar todas las gestiones necesarias para su descubrimiento, tanto por el teniente jefe de la línea de Cazorla (Jaén), D. Juan Espinazo Gardón; sargento comandante del puesto, Francisco Pequero Bravas y guardias á sus órdenes Francisco Céspedes Molina, Alfonso de Cuadros Cascales, José Jodar Sánchez y Emilio Alcaraz García, dando por resultado el descubrimiento

del autor Antonio García Jurado (a) *el Polvorista*, habiéndole sido ocupada por dicho señor oficial y fuerza á sus órdenes la suma de 1.300 pesetas en billetes del Banco y 27 en plata, 2.000 pesetas en oro en monedas de á 10, 20 y 25 pesetas, dos onzas y una media onza. Este sujeto, convicto y confeso de su delito, ha sido puesto á disposición de la autoridad competente.

Otro de los magníficos servicios que á diario presta la Benemérita y que también deseamos ver recompensado.

CRÓNICA DEL CRIMEN

Recordará el lector que, no hace mucho, dábamos cuenta de una hazaña del matonismo madrileño; la guapeza insolente interponiéndose al paso de una mujer, cortó la vida de un hombre en la calle de Carretas. Aquello parecía el colmo de la matonería que en frío provoca y mata; pero lo que acaba de ocurrir en la plaza de la Cebada, supera en horror al suceso de la calle de Carretas.

Un matarife que va en el tranvía lanza denuestos contra los madrileños, en el lenguaje airado y soez de esa gentuza; un caballero que está junto á él le replica en lenguaje mesurado; el matarife vuelve á la carga, y el caballero, un digno empleado de Correos, pone con su silencio un punto final á la controversia, y momentos después desciende del tranvía. La bestia bípeda, anhelosa de «bronca», sigue detrás del caballero, le aborda y le convida á tomar una copa. Su futura víctima se arma de prudencia, accede á la pretensión del matarife, procurando por todos los medios evitar la cuestión, y marcha dócilmente hacia donde el otro le indicara. No tuvo que andar muchos pasos; el miserable que le acompaña saca una formidable faca, y le asesta una tremenda puñalada en la ingle. La víctima cae moribunda; el asesino se da á la fuga.

Este es el relato escueto del repugnante crimen que no decimos propio del Riff para no insultar á los riffeños.

No puede darse nada más injustificadamente brutal, más infame, que ese asesinato alevoso, en el que la muerte es sólo la impulsión de un instinto homicida, que daría un poderoso argumento á Lombroso en apoyo de su «criminal nato».

Es espantoso pensar que en plena capital hay fieras sueltas, con figura de hombres, que, al amparo de la civilización, en una de sus más significativas expresiones —el tranvía eléctrico—, mientras esgrimen la frase injuriosa, acarician las cachas de la navaja ó la culata del revólver, buscando fieros, con los ojos y con la intención, el blanco de su encono.

Consecuencias de la perversa educación social de esa gente que pide derechos antes de descifrar el alfabeto, ó igualitarias reivindicaciones cuando no tiene idea de lo que debe ser un hombre civilizado. Blasfemos, insolentes, groseros, achulapados, la hampa madrileña constituye un verdadero peligro para las personas decentes y una vergüenza para la capital. Ostentando las armas con el mismo descaro que el cigarrillo en los labios, la vida de cualquier ciudadano depende de un mal humor de esos bestias ó de una copa de más.

Las autoridades, el jurado y la prensa tienen la culpa de este estado de cosas.

Nada se hace para suprimir la venta escandalosa de armas, que cualquiera puede adquirir y usar; y cuando se verifica un cacheo, los periódicos claman contra la Policía porque molesta á «honrados ciudadanos».

¡Basta de comedias! Las armas blancas deben prohibirse en absoluto, y las de fuego sin licencia, que debe costar una crecida cantidad, gravando con una considerable contribución á la industria que fomenta el crimen.

Si las autoridades no se deciden á dar la batida á la gente maleante; si el jurado no se muestra inexorable contra los brutos asesinos; si la prensa no arremete contra esa horda esparcida, sin temor á que disminuyan los perros chicos de la venta, suprimamos las jeremiadas, y resignémonos á vivir entre salvajes.

La navaja, el puñal, el revólver del matón son más nocivos y deben perseguirse más que la palanqueta y la ganzúa del "cambrioleur". - *V.*

Diccionario del caló

Lenguaje de los criminales

(Continuación).

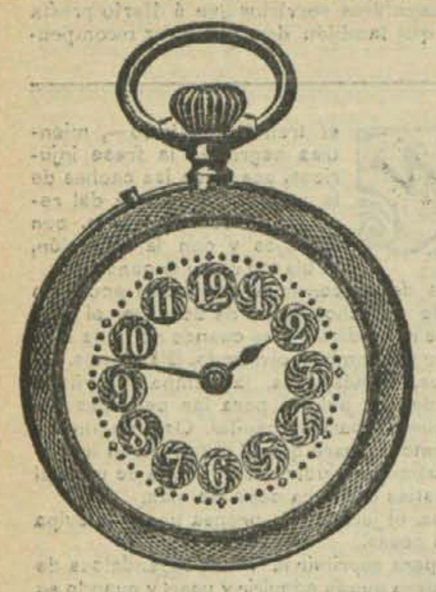
Caló.	Castellano.	Caló.	Castellano.	Caló.	Castellano.	Caló.	Castellano.
Cauria.......	Fatiga.	Corajay.....	Moro.	Costanear....	Pintar.	Cachimán....	Tienda.
Cañaí.......	Gallina.	Coligote....	Murciélago.	Costanó.....	Pintor.	Cachá.......	Tijera.
Canichaló....	Gallego.	Cachí......	Mujer.	Capirimá.....	Pita.	Combar.....	Tumbar.
Canisarar....	Ganar.	Custisangulor.	Muslo.	Conchengeró..	Pícaro.	Cocorroro....	Tuerto.
Corrallá.....	Gargantilla.	Caique......	Nadie	Cambrí......	Preñada.	Currelar.....	Trabajar.
Callí........	Gitana.	Corú........	Ochavo.	Caltrabó.....	Presidio.	Contiqué.....	Vecino.
Cate........	Golpe.	Canguelo...	Miedo.	Coin.........	Quien.	Cotubia.....	Víspera.
Corteza.....	Guante.	Curriel......	Oficio.	Coines.......	Quienes.	Condarí.....	Viga.
Cana........	Hora.	Currial......	Oficial.	Carmuñí.....	Rata.		
Cotó........	Hospital.	Cané........	Oído.	Culara......	Ribera.		
Cocal......	Hueso.	Clisos.......	Ojos.	Cugiñí.......	Rosa.	**CH**	
Casinobé.....	Infierno.	Clichí.......	Llave.	Corpinchebí..	Roma.		
Cangrí.......	Iglesia.	Cambroquia..	Parroquia.	Crallí......	Ruy.	Churinar.....	Acuchillar.
Cresorné.....	Jesucristo.	Cambroquiano	Parroquiano.	Cauché......	Sábado.	Chijé........	Achaque.
Catanear.....	Juntar.	Custañea.....	Paloma.	Crané......	Seso.	Chismó......	Achicado.
Cascañé......	Jueves.	Custañar.....	Palomar.	Cam........	Sol.	Chimorrar....	Achicar.
Casteca......	Junta.	Custanió.....	Palomino.	Colcorri.....	Sola.	Chirigimar...	Adelantar.
Cuñarmia....	Ladilla.	Cachicallí....	Parienta.	Colcorró.....	Solo.	Chirijar......	Adoctrinar.
Callicó.......	Mañana.	Crejeté.....	Pecado.	Castorró.....	Sombrero.	Chomar.....	Ajustar.
Ciba........	Maravilla.	Canró.......	Pescuezo.	Cajucó.......	Sordo.	Chomos......	Ajustado.
Currandó.....	Martillo.	Cotoré.......	Pedazo.	Cajucai......	Sorda.	Chembartó ..	Ajusticiado.
Costunaca....	Moco.	Cuchá.......	Pecho.	Canguilar....	Temer.	Chingabí.....	Alfiler.

(Continuará.)

Relojería Parisiense.

LUIS THIERRY

Fuencarral, 59.-Madrid.



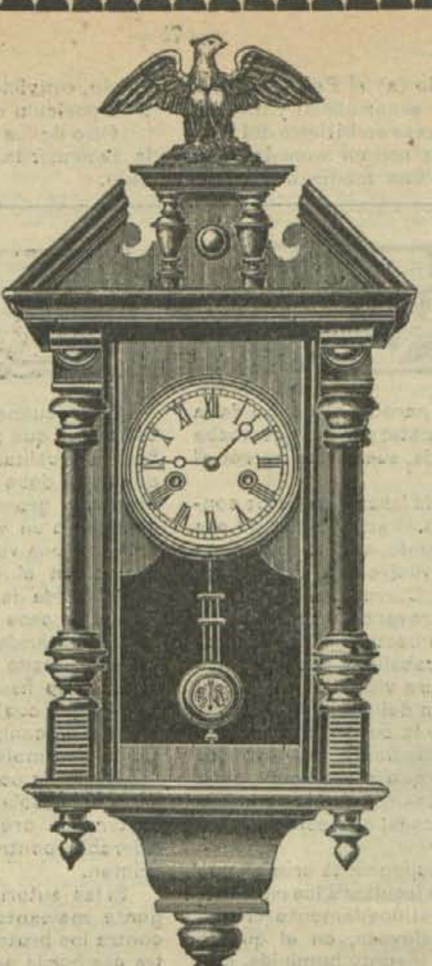
El Cronómetro.

Reloj de acero con contornos dorados al fuego, esfera rica, máquina superior, escape Roskopf, de marcha superior... .... **19,50 pesetas.**

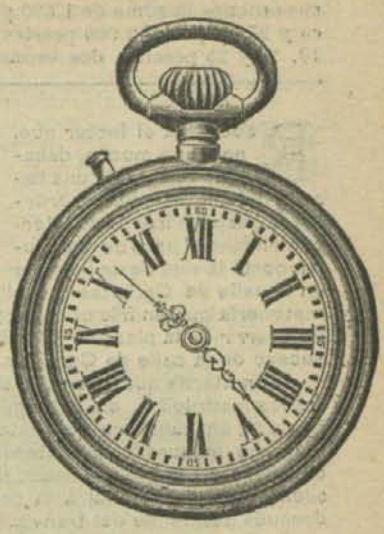
Idem de acero.................. **18,50** —

Idem de níquel puro.......... **18,50** —

En 4 plazos mensuales.



Reloj regulador **48 horas** de cuerda, de doble maquinaria, una especial para despertador, máquina superior; dos campanas, timbre fuerte por despertador. Caja de nogal barnizada. **En 4 plazos. 30 pesetas.**



Regulador Patent de los ferrocarriles de Francia, de uso general para todos sus empleados, por su fuerza y gran precisión, de escape Roskopf. Reloj elegante, extraplano, marcha cronométrica.

En acero azulado........... ..... 28 ptas.

Idem en níquel puro (extraplano). 27 »

Idem grabado, no extraplano .... 25 »

Recomendamos especialmente esta clase de relojes.

En 4 plazos mensuales.



¡Última novedad! Máquina extrafina; precisión. Caja de acero azulado, extraplano, **36 pesetas.**

Idem micronómetro, 15 rubíes, **42 pesetas.**

En 4 plazos.



Reloj de señora.

Magnífico reloj de doble tapa, simil oro chapeado, buena máquina garantizada. La verdadera imitación del reloj de oro, **30 pesetas.** Idem tapas de plata, **25.** Idem máquina extra, **28.**

En 4 plazos mensuales

Va acompañado de su estuche y gran cadena dorada.



¡Gran novedad! Magnífico reloj de acero con **despertador,** de bastante fuerza, gran solidez, máquina superior; muy conveniente por tener siempre el despertador en el bolsillo. **45 pesetas en 5 plazos.**

Visto ligeramente abierto.

Advertencia.—Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY, quien los mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, hasta la estación más próxima.—**No olvidar de indicar la estación para evitar errores ó atrasos en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid.**

Madrid.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316.